



DIALOGO DE LENGUA

Recuerdo el rótulo de una casquería, allá por los años 50, en la calle de Goya, «expenduría de idiomas y talentos», eufemismo encantador para lenguas, cerebros y demás menudencias. Lo recuerdo por la visita.

La señorita Timsuryakansne H. Smith, Tim para los amigos, licenciada por la Universidad de Oklahoma y Norman, viene a verme para lo de la tesis: un estudio sobre la violencia en el País Vasco a través de mi obra. Llama la atención por su inteligencia y el vertiginoso modo de cruzar las piernas. Derivamos a otros temas, y al tocar el problema del bilingüismo me pregunta:

—¿En qué idiomas piensas?

—En ninguno; pienso en ideas.

—Me recuerda a Nobokov, él decía en imágenes.

—También lo decía Einstein, pero ambos se equivocan, confunden la imagen con la imaginación.

—¿Ah, sí? ¿Y qué entiende por idea?

Maldición; definir algo es la mejor manera que conozco de no entenderse: véase cualquier reglamento. Lo de la lengua-idioma es una larga y complicada historia que comienza con un sencillo razonamiento sobre la otra lengua, la sin hueso, y espe-culo sobre el tema, pues hay una circunstancia que siempre se escapa a los lingüistas: la telepatía, cuya esencia última es eso, la idea.

La lengua no es un órgano para la comunicación, sino para la digestión; si fuera lo primero, todos los animales tendrían la lengua por error, y este tipo de fallos la Naturaleza no se los permite. Si la expresión oral fuera el medio de comunicación natural surgido a partir de un grado de inteligencia, habría muchos animales hablantes, y para ello utilizarían por supuesto, su lengua. Y si fuera verdad que los sonidos inarticulados de los animales constituyen su única forma de comunicación, el número de variantes de sonidos tendrían que ser proporcional a su inteligencia. Como los dos condicionantes son falsos, los científicos deberían explicar por qué la lengua (sin hueso) es un órgano de expresión.

El mono no articula sonidos con la lengua y emite sus 30 fonemas desde el nacimiento.

También los monos antropoides emitieron sonidos diferentes que podrían ser comprendidos por todos sus congéneres. Si aquellos fonemas hubieran constituido el principio de un idioma, el número de variantes hubiera aumentado paralelamente a la inteligencia, y hoy en día la humanidad entera hablaría un idioma común que cada niño sería capaz de hablar desde su nacimiento. Resulta obvio que no es así, y que los niños que aprenden a hablar no tienen tantas dificultades con la asociación de sonido-concepto como con la articulación del sonido mediante su lengüecita.

La realidad es muy distinta, los animales no se comunican con los sonidos audibles, sino de forma silenciosa mediante la transmisión de pensamientos: La longitud de onda y la frecuencia de las radiaciones mentales son diferentes en cada especie y sólo pueden ser captadas dentro de una misma raza. Las señales fónicas que emiten tan sólo tienen el carácter de señal, son prefijos codificados para la transmisión mental que les sigue con el fin de que sus congéneres coloquen el cerebro en posición receptora. Se comunican telepáticamente.

—¿La teoría es suya?

—Digamos que de Oscar Maerth y otros varios. Ya sabes, si copias de uno, es un plagio; si copias de varios, una tesis doctoral. Yo completo la teoría.

Me sonrío.

—¿Con qué?

—Con la explicación bíblica.

—¡No!

Cruza las piernas.

—Pues, sí, tentadora Tim, el hombre perdió casi toda la colección de sonidos inarticulados de sus predecesores y la percepción ultrasensorial. Por culpa de una mutación tuvo que evolucionar, a partir de ahí, de una forma, digamos, antinatural. Aún conserva algún signo fónico instintivo: la risa, el llanto, el ¡ay! del dolor, poco más; son siempre los mismos en todas las razas y se emiten de forma automática, sin aprendizaje. También se dan casos aislados de telepatía.

—¿Cómo la perdió? ¿Cuándo?

—En Babel, por lo de la famosa torre, una maldición tan diabólica sólo podía ocurrírsele a Dios.

—¡No!

Descruza las piernas.

—Pues, sí, deliciosa Tim, a partir de la mutación babélica, porque fue una mutación, el hombre se vio precisado a buscar un método antinatural e insuficiente para hacerse entender; comenzó entonces a utilizar el apéndice bucal para articular sonidos, cosa que hasta entonces no había hecho, sonidos que ya no eran señales, sino pobre expresión de una idea, es decir, palabras. Tuvo que acordar un código con los miembros de su horda. Algo tan antinatural, que la comunicación, por razones de defensa, se transformó en incomunicación. Cada código o idioma era un bien común y secreto, algo que se divulga con un sentimiento de culpabilidad. Hace poco más de cien años, un pueblo tan desarrollado como el chino prohibió a los extranjeros residentes aprender su idioma. Si hubiéramos conservado la telepatía no existirían las guerras.

—Una lástima que se haya perdido.

—Todo es relativo; si existiera, adivinarías mi pensamiento y quizá huyeras despavorida.

De nuevo cruza las piernas.

—O aceptaba encantada.

Puede que la señorita Timsuryakansne termine la tesis a lo Nancy, de momento nos interrumpen los trabajadores de «La Voz», que quieren recuperar la palabra, resucitar el periódico clausurado y nos piden la firma para el manifiesto. Firmo.

Raul Guerra Garrido